



Ramón de Campoamor

Los Pequeños  
Poemas

**E** LEJANDRIA



Ramón de Campoamor

Los Pequeños  
Poemas

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LOS PEQUEÑOS POEMAS

RAMÓN DE CAMPOAMOR

PUBLICADO: 1884  
FUENTE: BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

# LOS PEQUEÑOS POEMAS

## PRIMERA PARTE

### EL TREN EXPRESO

Poema en tres cantos

Al ingeniero de caminos, célebre escritor Don José de Echegaray.



Su admirador y amigo . -El autor.

# CANTO PRIMERO

## LA NOCHE

### I

Habiéndome robado el albedrío  
un amor tan infausto como mío,  
ya recobrados la quietud y el seso,  
volvía de París en tren expreso:  
y cuando estaba ajeno de cuidado,                   5  
como un pobre viajero fatigado,  
para pasar bien cómodo la noche  
muellemente acostado,  
al arrancar el tren, subió a mi coche,

seguida de una anciana, 10  
una joven hermosa,  
alta, rubia, delgada y muy graciosa,  
digna de ser morena y sevillana.

## II

Luego, a una voz de mando  
por algún héroe de las artes dada, 15  
empezó el tren a trepidar, andando  
con un trajín de fiera encadenada.  
Al dejar la estación, lanzó un gemido  
la máquina, que libre se veía,  
y corriendo al principio solapada, 20  
cual la sierpe que sale de su nido,  
ya al claro resplandor de las estrellas,  
por los campos rugiendo, parecía  
un león con melena de centellas.

### III

Cuando miraba atento 25  
aquel tren que corría como el viento,  
con sonrisa impregnada de amargura  
me preguntó la joven con dulzura:  
-¿Sois español?- Y a su armonioso acento,  
tan armonioso y puro, que aun ahora 30  
el recordarlo sólo me embelesa,  
-Soy español - le dije;- ¿y vos, señora?  
-Yo- dijo- soy francesa.  
-Podéis- la repliqué- con arrogancia  
la hermosura alabar de vuestro suelo, 35  
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia  
un país tan hermoso como el cielo.  
-Verdad que es el país de mis amores,  
el país del ingenio y de la guerra;  
pero en cambio -me dijo- es vuestra tierra 40  
la patria del honor y de las flores:  
no os podéis figurar cuánto me extraña  
que, al ver sus resplandores,

el sol de vuestra España  
no tenga, como el de Asia, adoradores.- 45  
Y después de halagarnos obsequiosos  
del patrio amor el puro sentimiento,  
entrambos nos quedamos silenciosos  
como heridos de un mismo pensamiento.

## IV

Caminar entre sombras, es lo mismo 50  
que dar vueltas por sendas mal seguras  
en el fondo de un pozo del abismo.  
Juntando a la verdad mil conjeturas,  
veía allá a lo lejos desde el coche  
agitarse sin fin cosas oscuras, 55  
y en torno, cien especies de negruras  
tomadas de cien partes de la noche.  
¡Calor de fragua a un lado, al otro frío!  
¡Lamentos de la máquina espantosos,  
que agregan el terror y el desvarío 60

a todos estos limbos misteriosos!...

iLas rocas, que parecen esqueletos!...

iLas nubes con entrañas abrasadas!...

iLuces tristes! iTinieblas alumbradas!...

iEl horror que hace grandes los objetos!... 65

iClaridad espectral de la neblina!...

iJuegos de llama y humo indescriptibles!...

iUnos grupos de bruma blanquecina  
esparcidos por dedos invisibles!

iMasas informes!... iLímites inciertos!... 70

iMontes que se hunden! iÁrboles que crecen!

iHorizontes lejanos que parecen  
vagas costas del reino de los muertos!

iSombra, humareda, confusión y nieblas!

iAcá lo turbio... allá lo indiscernible... 75

y entre el humo del tren y las tinieblas  
aquí una cosa negra, allí otra horrible!...

## V

¡Cosa rara! Entretanto,  
al lado de mujer tan seductora  
no podía dormir, siendo yo un santo 80  
que duerme, cuando no ama, a cualquier hora.  
Mil veces intenté quedar dormido,  
mas fue inútil empeño:  
admiraba a la joven, y es sabido  
que a mí la admiración me quita el sueño. 85  
Yo estaba inquieto, y ella,  
sin echar sobre mí mirada alguna,  
abrió la ventanilla de su lado,  
y como un ser prendado de la luna,  
miró al cielo azulado, 90  
preguntó, por hablar, que hora sería,  
y al ver correr cada fugaz estrella,  
-¡Ved un alma que pasa!- me decía.

## VI

- ¿Vais muy lejos?- con voz ya conmovida  
la pregunté a mi joven compañera. 95  
-¡Muy lejos -contestó;- voy decidida  
a morir a un lugar de la frontera!-  
Y se quedó, pensando en lo futuro,  
su mirada en el aire distraída,  
cual se mira en la noche un sitio obscuro 100  
donde fue una visión desvanecida.  
-¿No os habrá divertido-  
la repliqué galante-  
la ciudad seductora  
en donde todo amante 105  
deja recuerdos y se trae olvido?  
-¿Lo traéis vos?- me dijo con tristeza.  
-Todo en París lo hace olvidar, señora,-  
le contesté- la moda y la riqueza.  
Yo me vine a París desesperado, 110  
por no ver en Madrid a cierta ingrata.  
-Pues yo vine -exclamó- y hallé casado  
a un hombre ingrato a quien amé soltero.

Tengo un rencor -le dije- que me mata.  
Yo una pena -me dijo- que me muero.- 115  
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,  
siendo su mente espejo de mi mente,  
quedándose en silencio un grande rato  
pasó una larga historia por su frente.

## VII

Como el tren no corría, que volaba, 120  
era tan vivo el viento, era tan frío,  
que el aire parecía que cortaba:  
así el lector no extrañará que, tierno,  
cuidase de su bien mas que del mío,  
pues hacía un gran frío, tan gran frío, 125  
que echó al lobo del bosque aquel invierno.  
Y cuando ella doliente,  
con el cuerpo aterido,  
-¡Tengo frío! -me dijo dulcemente  
con voz que, más que voz, era un balido, 130

me acerqué a contemplar su hermosa frente,  
y os juro por el cielo  
que, a aquel reflejo de la luz escaso,  
la joven parecía hecha de raso,  
de nácar, de jazmín y terciopelo; 135  
y creyendo invadidos por el hielo  
aquellos pies tan lindos,  
  
desdoblando mi manta zamorana,  
que tenía más borlas verde y grana  
que todos los cerezos y los guindos 140  
que en Zamora se crían,  
cual si fuese una madre cuidadosa,  
con la cabeza ya vertiginosa,  
le tapé aquellos pies, que bien podrían  
ocultarse en el cáliz de una rosa. 145

## VIII

iDe la sombra y el fuego al claro-oscuro

brotaban perspectivas espantosas,  
y me hacía el efecto de un conjuro  
el ver reverberar en cada muro  
de la sombra las danzas misteriosas!... 150

¡La joven, que acostada traslucía  
con su aspecto ideal, su aire sencillo,  
y que, más que mujer, me parecía  
un ángel de Rafael o de Murillo!

¡Sus manos por las venas serpenteadas, 155  
que la fiebre abultaba y encendía,  
hermosas manos, que a tener cruzadas  
por la oración habitual tendía!...

¡Sus ojos siempre abiertos aunque a oscuras,  
mirando al mundo de las cosas puras! 160

¡Su blanca faz de palidez cubierta!

¡Aquel cuerpo a que daban sus posturas  
la celeste fijeza de una muerta!...

¡Las fajas tenebrosas  
del techo que irradiaba tristemente 165

aquella luz de cueva submarina;  
y esa continua sucesión de cosas  
que así en el corazón como en la mente  
acaban por formar una neblina!...

iDel tren expreso la infernal balumba!... 170  
iLa claridad de cueva que salía  
del techo de aquel coche, que tenía  
la forma de la tapa de una tumba!...  
iLa visión triste y bella  
del sublime concierto 175  
de todo aquel horrible desconcierto,  
me hacían traslucir en torno de ella  
algo vivo rondando un algo muerto!

## **IX**

De pronto, atronadora,  
entre un humo que surcan llamaradas, 180  
despide la feroz locomotora  
un torrente de notas aflautadas,  
para anunciar, al despuntar la aurora,  
una estación, que en feria convertía  
el vulgo con su eterna gritería, 185  
la cual, susurradora y esplendente,

con las luces del gas brillaba enfrente.

Y al llegar un gemido  
lanzando prolongado y lastimero,  
el tren en la estación entró seguido                   190  
cual si entrase un reptil en su agujero.

## **CANTO SEGUNDO**

### **EL DÍA**

#### **I**

Y continuando la infeliz historia,  
que aun vaga, como un sueño, en mi memoria,

veo al fin a la luz de la alborada  
que el rubio de oro de su pelo brilla 195  
cual la paja de trigo calcinada  
por agosto en los campos de Castilla.  
Y con semblante cariñoso y serio,  
y una expresión del todo religiosa,  
como llevando a cabo algún misterio, 200  
después de un- ¡ay, Díos mío!-  
me dijo señalando a un cementerio:  
- ¡Los que duermen allí no tienen frío!-

## II

El humo en ondulante movimiento  
dividiéndose a un lado y a otro lado, 205  
se tiende por el viento  
cual la crin de un caballo desbocado.  
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;  
verdura y aridez, calor y frío;  
andar tantos kilómetros por hora 210

causa al alma el mareo del vacío;  
pues salvando el abismo, el llano, el monte,  
con un ciego correr que al rayo excede,  
en loco desvarío  
sucede un horizonte a otro horizonte 215  
y una estación a otra estación sucede.

### III

Más ciego cada vez por la hermosura  
de la mujer aquella,  
al fin la hablé con la mayor ternura,  
a pesar de mis muchos desengaños; 220  
porque al viajar en tren con una bella  
va, aunque un poco al azar y a la aventura  
muy deprisa el amor a los treinta años.  
Y -¿dónde vais ahora?-  
pregunté a la viajera. 225  
-Marchó olvidada por mi amor primero-  
me respondió sincera-

a esperar el olvido un año entero.

-Pero, ¿y después -le pregunté- señora?

-Después -me contestó- ¡lo que Dios quiera! 230

## IV

Y porque así sus penas distraía,  
las mías le conté con alegría,  
y un cuento amontoné sobre otro cuento,  
mientras ella, abstrayéndose, veía  
las gradaciones de color que hacía 235  
la luz descomponiéndose en el viento.

Y haciendo yo castillos en el aire,  
o, como dicen ellos, en España,  
la referí, no sé si con donaire,  
cuentos de Homero y de Mari-Castaña. 240

En mis cuadros risueños,  
pintando mucho amor y mucha pena,  
como el que tiene la cabeza llena  
de heroínas francesas y de ensueños,

había cada llama 245

capaz de poner fuego al mundo entero:

y no faltaba nunca un caballero

que por gustar solícito a su dama

la sirviese, siendo héroe, de escudero.

Y ya de un nuevo amor en los umbrales, 250

cual si fuese el aliento nuestro idioma,

más bien que con la voz, con las señales,

esta verdad tan grande como un templo

la convertí en axioma:

que para dos que se aman tiernamente, 255

ella y yo, por ejemplo,

es cosa ya olvidada por sabida

que un árbol, una piedra y una fuente,

pueden ser el edén de nuestra vida.

## V

Como en amor es credo, 260

o artículo de fe que yo proclamo,

que en este mundo de pasión y olvido,  
o se oye conjugar el verbo te amo ,  
o la vida mejor no importa un bleo;  
aunque entonces, como hombre arrepentido, 265  
el ver a una mujer me daba miedo,  
más bien desesperado que atrevido,  
-Y ¿un nuevo amor -la pregunté amoroso-  
no os haría olvidar viejos amores?-  
Mas ella, sin dar tregua a sus dolores, 270  
contestó con acento cariñoso:  
-La tierra está cansada de dar flores;  
necesito algún año de reposo.-

## VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,  
como aquel que patina por el hielo; 275  
y en confusión extraña  
parecen confundidos tierra y cielo,  
monte la nube, y nube la montaña,

pues cruza de horizonte en horizonte  
por la cumbre y el llano, 280  
ya la cresta granítica de un monte,  
ya la elástica turba de un pantano;  
ya entrando por el hueco  
de algún túnel que horada las montañas,  
a cada horrible grito 285  
que lanzando va el tren, responde el eco,  
y hace vibrar los muros de granito,  
estremeciendo al mundo en sus entrañas:  
y dejando aquí un pozo, allí una sierra,  
nubes arriba, movimiento abajo, 290  
en laberinto tal cuesta trabajo  
creer en la existencia de la tierra.

## VII

Las cosas que miramos,  
se vuelven hacia atrás en el instante  
que nosotros pasamos; 295

y conforme va el tren hacia adelante,  
parece que desandan lo que andamos:  
y a sus puestos volviéndose, huyen y huyen  
en raudo movimiento,  
los postes del telégrafo, clavados 300  
en fila a los costados del camino;  
y, como gota a gota, fluyen, fluyen,  
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,  
y formando confuso y ceniciento  
el humo con la luz un remolino, 305  
no distinguen los ojos deslumbrados  
si aquello es sueño, tromba o torbellino.

## VIII

¡Oh, mil veces bendita  
la inmensa fuerza de la mente humana,  
que así el ramblizo como el monte allana, 310  
y al mundo echando su nivel, lo mismo  
los picos de las rocas decapita,

que levanta la tierra,  
formando un terraplén sobre un abismo  
que llena con pedazos de una sierra! 315  
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,  
no conocidas antes,  
del poderoso anhelo  
dos grandes gigantes  
que, en su ambición, por escalar el cielo, 320  
un tiempo amontonaron las montañas!

## IX

Corría en tanto el tren con tal premura,  
que el monte abandonó por la ladera,  
la colina dejó por la llanura,  
y la llanura, en fin, por la ribera; 325  
y al descender a un llano,  
sitio infeliz de la estación postrera,  
le dije con amor: -¿Sería en vano

que amaros pretendiera?

¿Sería como un niño que quisiera 330

alcanzar a la luna con la mano?-

Y contestó con lívido semblante:

-No sé lo que seré más adelante,  
cuando ya soy vuestra mejor amiga.

Yo me llamo Constancia y soy constante. 335

¿Qué más queréis -me preguntó- que os diga?

Y, bajando al andén, de angustia llena,  
con prudencia fingió que distraía  
su inconsolable pena,

con la gente que entraba y que salía; 340

pues la estación del pueblo parecía  
la loca dispersión de una colmena.

## X

Y, con dolor profundo  
mirándome a la faz, desencajada,  
cual mira a su doctor un moribundo,

345

siguió: -Yo os juro, cual mujer honrada,  
que el hombre que me dio con tanto celo  
un poco de valor contra el engaño,  
o aquí me encontrará dentro de un año,  
o allí!... -me dijo señalando al cielo. 350

Y enjugando después con el pañuelo  
algo de espuma de color de rosa  
que asomaba a sus labios amarillos,  
el tren (cual la serpiente que escamosa  
queriendo hacer que marcha, y no marchando, 355  
ni marcha ni reposa)

mueve y remueve ondeando y más ondeando,  
de su cuerpo flexible los anillos;  
y al tiempo en que ella y yo, la mano alzando,  
volvimos, saludando, la cabeza, 360

la máquina un incendio vomitando,  
grande en su horror y horrible en su belleza,  
el tren llevó hacia sí pieza tras pieza,  
vibró con furia y lo arrastró silbando.

# CANTO TERCERO

## EL CREPÚSCULO

### I

Cuando un año después, hora por hora, 365  
hacia Francia volvía,  
echando alegre sobre el cuerpo mío  
mi manta de alamares de Zamora,  
porque a un tiempo sentía,  
como el año anterior, día por día, 370  
mucho amor, mucho viento y mucho frío;  
al minuto final del año entero,  
a la cita acudí cual caballero  
que va alumbrado por su buena estrella;  
mas al llegar a la estación aquella 375

que no quiero nombrar, porque no quiero,  
una tos de ataúd sonó a mi lado,  
que salía del pecho de una anciana  
con cara de dolor y negro traje;  
me vio, gimió, lloró, corrió a mi lado, 380  
y echándome un papel por la ventana,  
-Tomad -me dijo- y continuad el viaje!-  
Y cual si fuese una hechicera vana  
que, después de un conjuro, en alta noche  
quedase entre la sombra confundida, 385  
la mujer, más que vieja, envejecida,  
de mi presencia huyó con ligereza  
cual niebla entre la luz desvanecida,  
al punto en que, llegando, con presteza  
echó por la ventana de mi coche 390  
esta carta tan llena de tristeza,  
que he leído más veces em mi vida  
que cabellos contiene mi cabeza:

## II

«Mi carta, que es feliz, pues va a buscaros,  
cuenta os dará de la memoria mía. 395

Aquel fantasma soy que, por gustaros,  
jugó a estar viva a vuestro lado un día.

»Cuando lleve esta carta a vuestro oído  
el eco de mi amor y mis dolores,  
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido 400  
ya durmiendo estará bajo unas flores.

»Por no dar fin a la aventura mía,  
la escribo larga... casi interminable!...  
¡Mi agonía es la bárbara agonía  
del que quiere evitar lo inevitable! 405

»Hundiéndose al morir sobre mi frente  
el palacio ideal de mi quimera,  
de todo mi pasado, solamente  
esta pena os doy borrar quisiera.

»Me rebelo a morir, pero es preciso... 410  
¡El triste vive, y el dichoso muere!...  
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso:  
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!

»¡Os amo, sí! Dejadme que habladora  
me repita esta voz tan repetida; 415  
que las cosas más íntimas ahora  
se escapen de mis labios con mi vida.

»Hasta furiosa, a mí que ya no existo,  
la idea de los celos me importuna,  
ijuradme que esos ojos que me han visto 420  
nunca el rostro verán de otra ninguna!

»Y si aquella mujer de aquella historia  
vuelve a formar de nuevo vuestro encanto,  
aunque os ame, gemid en mi memoria;  
iyo os hubiera también amado tanto!... 425

»Mas tal vez allá arriba nos veremos,  
después de esta existencia pasajera,  
cuando los dos, como en el tren, lleguemos  
de nuestra vida a la estación postrera.

»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde! 430  
Cuidad, siempre que nazca o muera el día,  
de mirar al lucero de la tarde,  
esa estrella que siempre ha sido mía.

»Pues yo desde ella os estaré mirando,  
y como el bien con la virtud se labra, 435

para verme mejor, yo haré rezando  
que Dios de par en par el cielo os abra.

»iNunca olvidéis a esta infeliz amante  
que os cita, cuando os deja para el cielo!

iSi es verdad que me amasteis un instante, 440  
llorad, porque eso sirve de consuelo!...

»iOh Padre de las almas pecadoras!  
iConceded el perdón al alma mía!

iAmé mucho, Señor, y muchas horas;  
mas sufrí por más tiempo todavía! 445

»iAdiós, adiós! Como hablo delirando,  
no sé decir lo que deciros quiero!  
iYo sólo sé de mí que estoy llorando,  
que sufro, que os amaba y que me muero!«

### III

Al ver de esta manera, 450  
trocado el curso de mi vida entera  
en un sueño tan breve,

de pronto se quedó, de negro que era,  
mi cabello más blanco que la nieve.

De dolor traspasado 455

por la más grande herida  
que a un corazón jamás ha destrozado  
en la inmensa batalla de la vida,  
ahogado de tristeza,

a la anciana busqué desesperado; 460

mas fue esperanza varia;  
pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,  
ni pude ver la anciana,  
ni respirar del aire la pureza,

por más que abrí cien veces la ventana 465

decidido a tirarme de cabeza.

Cuando por fin sintiéndome agobiado  
de mi desdicha al peso,

y encerrado en el coche, maldecía

como si fuese en el infierno preso, 470

al año de venir, día por día,

con mi grande inquietud y poco seso,  
sin alma y como inútil mercancía.

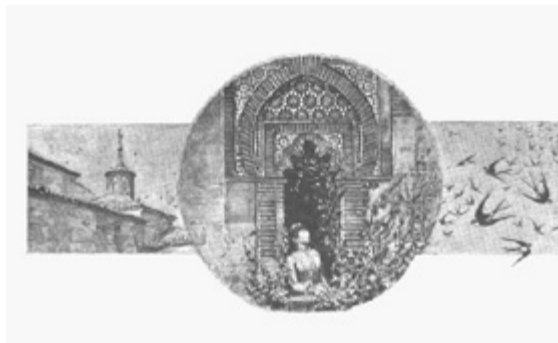
me volvió hasta París el tren expreso.



## **LA NOVIA Y EL NIDO**

### **POEMA EN TRES CANTOS**

Dedicado por el autor a su amigo y compañero el Excmo. Sr. D.  
Leopoldo Augusto de Cueto.



# CANTO PRIMERO

## EL NIDO

### I

Ya el mes de abril a la sazón corría;  
y con sus tibias y rosadas manos,  
la primavera hospitalaria abría  
sus puertas a los pájaros lejanos.

Era el mes en que, eternas peregrinas,                   5  
después que el frío del invierno pasa,  
todos los años, al tranquilo, techo  
del cuarto de Isabel, dos golondrinas

van a anidar como en su propia casa.

## II

Isabel, que era un ángel que pasaba	10
en leer y rezar horas enteras	
cual si fuese educada en un convento,	
al florecer sus quince primaveras	
ni una hoja en su noble pensamiento	
a su corona virginal faltaba;	15
y aunque va a ser esposa	
cuando del mal de amor nada recela,	
tomando el novio que escogió su abuela,	
estaba decidida a ser dichosa;	
y ajena a tentaciones y deseos	20
con respecto a casados y casadas,	
sólo sabe haber visto en los paseos	
las vides con los olmos enlazadas;	
pues era para ella un casamiento	
reducir a verdad un sueño hermoso,	25

ser más querida, realizar un cuento,  
y hacer un viaje al Rhin con su esposo.

Así, en ciega ignorancia,  
Isabel, tan sencilla como hermosa,  
aun pensando de un hombre en ser la esposa, 30  
continuaba en su amor su santa infancia.

### III

Pasan los días, sin contar las horas  
que como sombras huyen,  
mirando con afán como construyen  
su nido aquellas aves charladoras, 35  
que añadiendo canciones a canciones,  
entre ansias dulces y amorosos píos,  
unen hojas y granzas y vellones  
con el gluten y el limo de los ríos;  
y, cuanto más curiosa, 40  
mirando hacer el nido, se reía,  
entreabierta su boca, parecía

la luz tomando el fresco en una rosa.

## IV

-¿Para qué sirve un nido?- con sorpresa  
se pregunta Isabel: cuestión obscura, 45

que ocurre a la vaquera y la princesa  
y que una y otra de inquirir no cesa;  
pero en vano resolver procura  
la que el tiempo pasó, casi en clausura,  
entre el rezo, las pláticas, la mesa, 50  
la música, el paseo y la lectura.

-¿Para qué sirve un nido?- Al ver delante  
tan honda oscuridad se confundía,  
y, por más que pensaba, no sabía  
cómo ella, que es tan viva y penetrante, 55  
y lee tantos idiomas de corrido,  
y sabe tantas cosas de hortelana,  
ioh ciencia inútil de la vida humana!  
no alcanza a comprender lo que es un nido.

## V

Viendo el nido y pensando en su himeneo, 60  
lanza ardiente, a los pájaros que vuelan,  
las confusas miradas que revelan  
ya inocencia, ya miedo, ya deseo;  
pues ya mujer, sin serlo todavía,  
ante el hondo misterio de aquel nido, 65  
en sus ojos azules se encendía  
poco a poco un fulgor desconocido;  
y una vez que presiente algo de cierto,  
con singular pudor frunce las cejas,  
quedando sus mejillas pudorosas 70  
con mucho más color y más hermosas  
que las guindas que cuelga a sus orejas  
cuando, alegre, corriendo por el huerto,  
coge lirios y cazamariposas.

## VI

Como nunca guardada 75  
se ha podido tener ninguna cosa  
detrás de unas pupilas transparentes,  
mostrando candorosa  
en la ráfaga azul de su mirada,  
que brilla entre sonrisas inocentes, 80  
esa inquietud profunda y misteriosa  
que causan en las vírgenes los nidos,  
Isabel, más que inquieta, consternada,  
al ver la turbación de sus sentidos,  
como un niño que al brillo de una espada 85  
se tapa con terror ojos y oídos,  
se juzga una inocente pecadora,  
y se santigua y reza, y casi llora,  
y entra el aire a raudales en su pecho,  
y hallando el sueño, pero no el olvido, 90  
se cayó desplomada sobre el lecho  
preguntando al dormir:- ¿qué será un nido?-

## CANTO SEGUNDO

### EL AMOR

#### I

Disipada la noche por la aurora,  
la agitada Isabel, desde su lecho,  
que un sol de mayo dora, 95  
descorriendo las finas  
colgaduras de encaje de Malinas,  
busca otra vez el nido y mira al techo,  
como accediendo al familiar reclamo  
de aquellas habladoras golondrinas 100  
que nunca acaban de decirse «te amo».

## II

-¿Para qué sirve un nido? -He aquí el problema.  
La novia al despertar vuelve a su tema;  
pues cuando va una niña a ser esposa,  
en prueba de inocencia, 105  
es capaz de cortar por lo curiosa  
una rama del árbol de la ciencia.  
¿Para qué habrán servido  
los nidos todos que en el mundo han sido?  
Saber lo que es un nido es cosa grave, 110  
pues, según Isabel, nadie ha sabido,  
y lo que es más aún, ninguno sabe,  
por qué se junta un ave con otra ave  
y juntas con amor hacen un nido.

### III

Temblando de pesar y de contento, 115  
cual la rama agitada por el viento,  
de nuevo el nido mira;  
y, aunque nunca mancho su pensamiento  
la pureza del aire que respira,  
sin darse cuenta de ello, es aquel nido 120  
demonio tentador que habla a su oído:  
y dudando, turbada,  
si tiene aún su espíritu dormido,  
cual se rompen las nubes en el cielo,  
de sus dudas sin fin se rompe el velo; 125  
pues en trances de amor, es cosa cierta  
que, un nido, un beso, un cuento, una nonada,  
en un alma inocente rompe el hielo,  
y a un corazón que duerme le despierta.

## IV

¡Sagrada obscuridad! Como cruzaban 130  
por su frente las sombras a montones,  
viendo el nido, sus ojos titilaban  
como el cristal que esparce oscilaciones.  
Y dudas van, y pensamientos vienen;  
y, haciendo que lo mira distraída 135  
(habilidad que las mujeres tienen  
desde el día primero de su vida),  
acaba por saber que es aquel nido  
Edén por el misterio protegido;  
y hallando en él impresos 140  
los signos de una boda concertada  
por dos seres dichosos,  
con malicia entendida y saboreada,  
sintiendo arder la sangre hasta en sus huesos,  
ve en las aves del nido dos esposos, 145  
y en su canto una música de besos.

## V

Porque en saber se empeña  
para qué sirve un nido  
que así el amor le enseña,  
lanzada en pleno cielo sueña...y sueña!... 150  
y aguarda a que el misterio incomprensible  
le baje a descifrar, compadecido,  
algún viajero azul de lo invisible;  
y a una malicia, en risa trasformada,  
que en su mirada virginal destella, 155  
se queda avergonzada  
como sale, al salir de una enramada,  
después del primer beso una doncella;  
y a un brillo entre diabólico y divino,  
pensando en el misterio del problema, 160  
tanto mira Isabel, que al fin vislumbra  
en yo no sé qué lúgubre penumbra,  
que un nido es el misterio del destino,  
que es de la vida la explosión suprema;  
y ya, como mujer apasionada, 165

mirando a su pesar en lo invisible,  
se perdió vagamente su mirada  
en la luz infinita e indefinible;  
y como, al fin, la juventud ligera  
no sabe, al estudiar lo que son nidos, 170  
que hay peligro en jugar con los sentidos  
en un día de sol de primavera,  
a Isabel, ya febril, le parecía  
que alguna mano que en la luz flotaba  
el velo misterioso descorría, 175  
y en derredor la tierra se le andaba;  
era su alma una noche sin aurora;  
nada distinto oía ni veía;  
la cabeza se le iba y le zumbaba,  
y sentía una sed devoradora; 180  
y comentando grave y resignada,  
el secreto a sí misma ha sorprendido,  
-Se conoce -pensaba- que es forzoso  
dar la mano a un esposo;  
querer y ser querida; 185  
hacer como los pájaros un nido;  
cantar a Dios y bendecir la vida.-

## CANTO TERCER

### LA NOVIA

#### I

Como el amor primero es tan ardiente  
y despierta a las niñas tan temprano,  
Isabel se despierta con el día; 190  
y al apartar de su divina frente  
un raudal de cabellos, con la mano  
que en un vapor de encajes se perdía,  
halla su tez de nieve, nunca hollada,  
tan fresca como el agua de verano 195  
en el fondo de un pozo serenada.

## II

De su lecho de pluma  
salió Isabel cual Venus de la espuma;  
después mirando al techo,  
vibró su corazón dentro del pecho 200  
al ver la golondrina que cubría  
en forma de abanico a sus hijuelos,  
y al padre que en el pico les traía  
pan de la tierra y besos de los cielos.  
Tan grande amor su corazón inflama; 205  
y en sus ojos, con fuego inusitado,  
arde una pura y trasparente llama  
al ver en los hijuelos desatado  
el nudo misterioso de aquel drama.  
Espantada, el misterio comprendiendo, 210  
casi vuelve a gemir y casi reza;  
y unas veces rezando, otras gimiendo,  
entrando de repente en la tristeza,

ya marchitas sus puras alegrías,  
la niña acaba y la mujer empieza; 215  
y más cuando la tímida nidada  
de aquel nido, asomándose a la entrada,  
parece que le dice:- ¡buenos días!-  
Y más aún, cuando a los hijos viendo,  
suspirando responde:- ¡ya lo entiendo!- 220  
Y encendido su rostro, cual la frente  
de una mujer culpable y candorosa,  
sobre sus ojos pudorosamente  
deja caer sus párpados de rosa.

### III

Como el amor es cosa 225  
que, cual voz de eco en eco repetida,  
palpita en la crisálida metida,  
y brilla al convertirse en mariposa,  
ve Isabel con encanto

que es un nido la copa misteriosa 230  
donde está la embriaguez desconocida;  
y así, pasando de capullo a rosa,  
tan turbada se ve y enternecida,  
que llora, aunque riendo bajo el llanto,  
porque hay seres que ríen cuando lloran 235  
con la risa común de los que ignoran  
que en llorar y reír se va la vida.

## IV

Y cuando, en aquel día,  
convirtiendo en historia la novela,  
al altar de himeneo fue llamada 240  
la gracia de la casa de su abuela,  
¡ay! ¡cuál quedó anublada  
aquella llama azul de su mirada!  
¡Cómo llora y su madre la consuela!  
Y ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas, 245  
se mira en los espejos a hurtadillas,

y en ellos viendo de su boda el traje  
se ríe con la risa de la aurora,  
y abisma su mirada en resplandores,  
mostrando pensativa y seductora 250  
sus dientes y sus labio, maridaje  
de las perlas casadas con las flores!

## V

Y va y viene Isabel, y baja y sube,  
agitándose aérea y diligente  
con una vaga ondulación de nube; 255  
y aunque era a su belleza indiferente,  
con natural gracejo  
hoy aprende delante del espejo  
a conocer lo hermoso de su frente;  
y ora se juzga amada y ora amante, 260  
y haciendo con el traje un ruido de alas,  
circula como un duende por delante  
de los grandes espejos de las salas;

y al verse retratada, la doncella  
lleva por sí la admiración tan lejos, 265  
que, a fuerza de mirarse en los espejos,  
siente ya el goce de saber que es bella.

## VI

Al volver de jazmines coronada,  
como una campesina desposada,  
sintiendo accesos de calor y frío, 270  
tiembla el alma en su boca seductora,  
como tiembla a los rayos de la aurora  
sobre una flor la gota de rocío.

Los ojos Isabel, desconcertada,  
tanto abre para ver, que no ve nada; 275  
la estatua del asombro parecía,  
y no pudiendo respirar apenas,  
un no se qué de eléctrico en sus venas  
en generosa transfusión corría.

Aunque casi educada en un convento, 280

ya sentía en su noble pensamiento  
algo más que ilusión y confianza,  
ignorancia y candor, fe y esperanza;  
pues al mirarse de su alcoba enfrente,  
del abismo de amor dulce pendiente, 285  
la sangre que a su rostro se arrebatata  
la pone del color de la escarlata...

Mas ¡oh Dios del pudor! no tengáis miedo  
que aquel resumen de la vida toda,  
con su deliquio y sus misterios cuente... 290

Yo quisiera contarlo, mas no puedo,  
pues donde hay sueño virginal, o boda,  
según Górgora, un ángel sonriente  
pone gentil sobre la boca un dedo.



# LOS GRANDES PROBLEMAS

Poema en tres cantos

Al ilustre polemista el Sr. D. Salvador López Guijarro.



## CANTO PRIMERO

### EL IDILIO

# I

El cura del Pilar de la Oradada,  
como todo lo da, no tiene nada.  
Para él no hay más grandeza  
que el amor que se tiene a la pobreza.  
Careciendo de pan, con alegría 5  
lleva paz de alquería en alquería;  
y siendo indiferente  
a la necia ambición de los honores,  
se ocupa de los grandes solamente  
cuando llama sus reinas a las flores. 10  
Sin fámulo y vestido de sotana,  
cuida una higuera y toca la campana.  
Su alzacuello es de seda desteñida,  
pardas las medias de algodón que lleva;  
y en todo el magisterio de su vida 15  
sólo ha estrenado una sotana nueva.  
Da gracias cuando reza a un Dios tan bueno  
que cría los rosales y el centeno,  
y llama sus orgías a las cenas  
el que prueba la miel de las colmenas. 20

Aunque él está de su pudor seguro,  
ve a una mujer, y como pueda, escapa,  
dispuesto desde joven, por ser puro,  
a hacer el sacrificio de una capa.

Reparte a las chiquillas 25

las almendras que lleva en los bolsillos,  
y les da un golpecito en las mejillas  
más dulce que una almendra a los chiquillos.

Da a los pobres los higos de su higuera,  
que nació, sin plantarla, en donde quiera; 30

y si al vérselos dar uno por uno  
-¿Qué guardas para ti?- le dice alguno,  
responde, puesta en Dios su confianza,  
como Alejandro el Grande:- ¡La esperanza!-

Así con tanto amor y pudor tanto, 35

el cura del Pilar de la Oradada  
es, según viene la ocasión rodada,  
ya eremita, ya cuákero, ya santo.

## II

Está el pueblo fundado sobre un llano  
más grande que la palma de la mano, 40  
y a falta de vecinos y vecinas  
circulan por las calles las gallinas.

Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío  
otro ninguno iguala;  
de agua muy buena, si tuviese río, 45  
de agua de pozo, a la verdad muy mala.  
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;  
que tiene ante la iglesia una plazuela,  
iglesia que es más grande que la escuela,  
y escuela que es más chica que un granero. 50

## III

En este pueblo, en fin, y ante este cura,  
que no puede beber más que agua pura,

la divina Teodora,  
de rodillas postrada ante el anciano,  
con un ramo de flores en la mano, 55  
ramo cogido al despuntar la aurora,  
mostrando al sonreírse, nacaradas,  
en dos filas iguales,  
todas sus perlas justas y cabales,  
en un coral prendidas y engarzadas; 60  
inventando aquel día,  
por no haberlos sufrido todavía,  
mucho dolor y muchos desengaños,  
antes de hacer su comunión primera,  
confesándose está como si fuera 65  
una gran pecadora a los diez años.

## IV

Teodora, que es mujer desde la cuna  
cual todas las mujeres,  
despierta ya, y durmiendo todavía

a la luz misteriosa de una luna 70  
que hace en su alma de sol de mediodía,  
mira una inmensa flotación de seres,  
sueños de sombra y sombras de unos sueños  
opacos una vez y otras risueños.

Gracia infantil y gracia adolescente, 75  
de niña y de mujer confusos lados,  
ya ve en el porvenir desde el presente  
el mundo real y el ideal mezclados.

Sumida en nieblas de color de rosa,  
compuestas de verdad y de otra cosa, 80  
mira, desvanecida,  
llegar la realidad confusamente,  
y a los diez años, como todas, siente  
su inmersión en las brumas de la vida.

## V

Mirando al confesor con inocencia, 85  
cual si fuesen sus ojos unas puntas

que hundiesen del anciano en la conciencia,  
fue haciéndole la niña unas preguntas,  
como ésta, por ejemplo,  
capaz de hacer estremecerse al templo: 90  
-Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?  
-Yo de todo, hija mía, estoy al cabo-,  
respondió el sacerdote con premura;  
lo cual no era verdad, mas lo creía,  
porque el breviario con afán leía 95  
a la luz de un candil colgado a un clavo.

## VI

Y del amor ya viendo lontananzas,  
con sus ojos tan llenos de esperanzas,  
en su candor intrépido del todo  
sigue ella preguntando de este modo: 100  
-El dejarse besar ¿es malo o bueno? -  
De confusión y de sorpresa lleno,  
se turbó el cura, como el hombre que antes

de haber cazado un pájaro, lo vende,  
y sin poder cumplir lo prometido, 105  
se queda, al fin, como el lector comprende,  
el cazador corrido,  
el comprador burlado,  
y el pájaro vendido y no cazado.

Eché al cielo una olímpica mirada 110  
buscando la respuesta en las estrellas,  
mas como nada le dijeron ellas,  
el cura del Pilar no dijo nada.

## VII

Con misterio después ella se inclina  
hacia el cura, que la oye fascinado, 115  
y prosigue: -Me ha dicho mi madrina,  
que el que bese a mi primo es un pecado;  
y mi primo ha jurado  
que él me habrá de besar, pese a quien pese,  
pues cree que a mí me gusta que me bese: 120

mas como oigo decir que se propasa,  
escapándome de él, toda la casa  
ayer y antes de ayer y todo el año  
corrí desde la cueva hasta el granero;  
siempre quiere él, señor, yo nunca quiero; 125  
miradme bien, veréis que no os engaño.-  
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes  
para enseñarle el alma a aquel levita,  
echa al cura una ojeada inoportuna  
aquella virgen, pero virgen de antes 130  
que en la primer visita  
el ángel le anunciase cosa alguna,  
y le dejó corrido y colocado  
del rubor en la cúspide suprema,  
de un modo tal, que dijo colorado: 135  
-iPrimera confesión; primer problema!-

## VIII

-Acúsome -la niña proseguía-  
que soy inobediente y perezosa.  
Acúsome, además, que el otro día,  
con tristeza soñé que no era hermosa. 140  
Me gusta más correr que ir a la escuela.  
Sólo en la misa me entretiene el canto;  
y escucho con más gusto una novela  
que el trozo de la vida de algún santo.  
Prometo, obedeciendo a mi madrina, 145  
huir, si puedo, de él; pero os prevengo  
que al mirar a mi primo, siempre tengo  
la voluntad de parecer divina.-  
Al ver salir el cura, atropellados,  
con risa de bondad mal reprimida, 150  
tan enormes pecados  
de aquellos labios de carmín, untados  
con la leche primera de la vida,  
dice a la niña, de indulgencia lleno,  
con singular ternura: 155  
-No diré que eso es malo, mas no es bueno.  
Más cordura, hija mía, más cordura.  
Bien; adelante: vamos; adelante.-  
Y por no hablar más claro, el pobre cura

jugaba con enigmas al volante; 160  
y no queriendo darle con prudencia,  
la más leve lección de adolescencia,  
muy peligrosa en almas inocentes,  
sólo después de estas ligeras riñas,  
se atrevió a murmurar, aunque entre dientes: 165  
-Son el diablo estos ángeles de niñas.-

## IX

Y como todo viejo, y más si es cura,  
de todo niño es natural abuelo,  
con más amor que religioso celo,  
le dijo a aquella hermosa criatura: 170  
-Ten calma, estudia, y a tu madre imita,  
y entrarás sin rodeos en la gloria;  
reza una salve, toma agua bendita,  
y cómete esta almendra en mi memoria.-  
y después que la niña se confiesa, 175  
la mano al señor cura

en la actitud de un oficiante besa;  
se levanta gentil, con la soltura  
de un querubín que hacia los cielos pesa,  
y ante el altar, con adorable gracia, 180  
entre un corro de gente pecadora  
se arrodilló Teodora  
más grave que un alumno en diplomacia.

## X

Después supo el obispo de Orihuela,  
por cierta confesión de cierta abuela, 185  
de puro religiosa, condenada,  
que, faltando a los cánones sagrados,  
castiga con almendras los pecados  
el cura del Pilar de la Oradada.

# CANTO SEGUNDO

## LA ÉGLOGA

### I

Fue creciendo, creciendo, 190  
y pasaron diez años; y Teodora  
cuanto en gracia inocente iba perdiendo,  
lo iba ganando en gracia pensadora.  
La antigua pecadora,  
que veinte años cuenta hoy exactamente, 195  
tiene pupilas de horizontes llenas;  
voluptuoso reír en casta frente;  
y deja ver su cutis transparente  
como corre la sangre por sus venas.  
Con gusto encantador por lo sencillo, 200

con flores todo el año en sus cabellos,  
arrollándolos bien, forma con ellos  
detrás de la cabeza un canastillo.

## II

-Decidme, mi querido señor cura-,  
decía confesándose Teodora, 205

-¿no es una gran locura  
que esté tan decidida  
a que me case ahora  
la pobre madre a quien debí la vida?

¿No es un gran desatino 210  
casar con otro a quien tan solo piensa  
en... ya sabéis, mi primo, aquel marino  
que tiene el alma, como el mar, inmensa?  
Mientras la escucha atento.

-Es muy común -el cura se decía 215  
entre burlas y veras-  
que todas las muchachas costaneras

dediquen de un marino al pensamiento  
veinticuatro horas largas cada día.

—332—→

### III

-Mi primo... ya sabéis,- siguió Teodora- 220  
que vive hoy una vida de pesares  
en Londres, un lugar donde está ahora,  
más allá de los montes y los mares.  
Las playas saben mi constante anhelo,  
pues sin poderlo remediar, suspiro 225  
cuando se nubla el horizonte y miro  
por el lado del mar cerrarse el cielo.  
Mi primo, es aquel primo que, algún día,  
os confesé que alegre me besaba;  
le amé niña, mas yo no lo sabía; 230  
ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.  
Como siempre fantástico el deseo  
me arrastra a orillas de la mar, yo a solas

que me habla de él y su venida, creo,  
el monólogo eterno de las olas. 235

Siempre aguardo del cielo lo imprevisto,  
siempre estoy esperando,  
y hasta las aves de la mar, pasando,  
parece que me dicen: -¡le hemos visto!

## IV

-Mas sepamos primero- 240

dijo el cura prudente y reservado:-  
de amaros y volver, ¿él os ha dado  
su palabra de honor de caballero?

-Me juró que me amaba y, volvería-  
fue diciendo Teodora- 245

cuando el sol por la tarde se ponía,  
y al despuntar la aurora,  
y alguna vez también al mediodía;  
y alguna, y más que alguna,  
por la noche a los rayos de la luna. 250

Y, perdonad, decir se me ha olvidado,  
que en mayo y en abril me lo ha jurado,  
por todos sus jazmines y azucenas;  
por los árboles todos, en estío;  
por todos sus cristales, junto al río;                   255  
cerca del mar, por todas sus arenas.-

## V

Mientras Teodora hablando proseguía,  
como era, a fuerza de candor, profundo,  
el cura por lo bajo repetía:  
-(¡Cómo trae el amor revuelto al mundo!)                   260  
-Mi madre quiere que a la fuerza quiera  
a un hombre muy de bien, sin gracia alguna,  
como es el que me espera  
para darme su mano y su fortuna.  
El verlo nada más me da tristeza;                   265  
él es bueno, es verdad, si no es hermoso;  
tiene favor, honores y riqueza,

talento, juventud y un nombre honroso...

Mas isi vierais al otro, señor cura,

con gorra de oro y sable a la cintura!... 270

¡Cuanto mira al pasar de luz se baña!...

Mientras éste de aquí, que va a ser mío,

tiene una gracia sepulcral y extraña;

donde quiera que entra él, siento yo frío.

-Pues señor, se conoce -piensa el cura- 275

que en la misma inocencia,

para agotar de un cura la paciencia,

trasformado en hermosa criatura

coloca Satanás su residencia.-

## VI

Y ella siguió: -Vuestro favor imploro; 280

prestadme ayuda en tan difícil paso:

de uno me río, y por el otro lloro;

éste me hiela, y por aquél me abraso.

No amo al presente y al ausente adoro;

¿qué hago, señor, me caso o no me caso?-	285
Mirando a un Cristo viejo	
por ver si le inspiraba algún consejo,	
el cura se callaba,	
y del candor en la embriaguez suprema,	
al ver que el Cristo nada le inspiraba,	290
por lo bajo entre dientes murmuraba:	
-¡Segunda confesión; otro problema!-	
Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable.	
El viejo, que era un niño venerable,	
no cayó en que Teodora	295
buscaba, tan sutil como traidora,	
en la doblez de sus astutos planes	
el apoyo moral del cristianismo:	
maniobra de los grandes capitanes	
que ponen de su parte el fanatismo.	300

## VII

Luego los dos a un tiempo se preguntan,

y para herirse al corazón se apuntan;  
y cruzan de uno al otro, bien dispuestas,  
como un choque de espadas, las respuestas:

-Me muero, si me caso, os lo confieso. 305

-Ilusión nada más de los sentidos.

-Hay voces que en el aire me hablan de eso.

-Eso será que os zumban los oídos.

-Bien, lucharé; pero seré vencida.

-No volverá tal vez. -¿Y si volviera? 310

-Ese hombre os ha hechizado, ¡estáis perdida!

-Así tendrá que ser como él lo quiera.

-Tras vana agitación tendréis reposo;

yo rezaré por vos, seréis dichosa:

¡dichoso aquel que os tenga por esposa! 315

-Y yo ¿seré feliz como él dichoso?

-¿De qué sirve creer en lo increíble?

-Más sabe el corazón que la cabeza.

-¿Qué podrá suceder? -¡Todo es posible;

yo amo con fe y espero con firmeza!- 320

Al verla disentir tan bien y tanto,

siente un temblor de espanto,

cual si tuviese frío,

al comprender el santo  
que aquel tipo cabal de las mujeres 325  
era el más bello y ¿lo diré, Dios mío?  
el más inobediente de los seres.

## VIII

Teodora, ardiente y viva,  
filósofa sutil y positiva,  
que no pasó, cual yo, velada alguna 330  
en cuestiones ociosas,  
buscando la razón de muchas cosas  
que no tienen jamás razón ninguna,  
añadió, de su plan desesperada,  
disparando al huir a sangre y fuego, 335  
y haciendo una brillante retirada  
mejor que en Asia Jenofonte el griego:  
-Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;  
y no queriendo a este hombre, os lo prevengo,  
como soy tan fantástica, no tengo 340

la condición de una excelente esposa.  
Mas lo mandan mis padres y adelante;  
yo quiero a toda costa ser honrada,  
mas no sé si, vivaz y enamorada,  
podré ser buena esposa y buena amante...- 345

Hablaba así Teodora, y de repente  
callando unos momentos,  
con un silencio diestro y elocuente  
una pausa llenó de pensamientos.  
Reticencia tan vil y calculada 350

al pobre cura de terror inmuta...  
Ante el saber de una mujer astuta  
Cicerón y Pascal no saben nada.  
Y es que desde Eva, madre de Teodora,  
la raza no mejora. 355

Porque no oye solícito sus quejas,  
anuncia astuta males sobre males:  
yo recuerdo muy bien que eran iguales  
las jóvenes de antaño que hoy son viejas.  
Y así serán y han sido 360

las que están por nacer o ya han nacido,  
lo mismo en todo el orbe que en España;  
las madres miserables y opulentas,

las hijas titulares y harapientas,  
las abuelas del trono y la cabaña.

365

## IX

-¡Qué locura, Dios mío, qué locura!  
¿No veis que rara vez -le dice el cura-  
la vida nos enseña  
que esos sueños de niña muy pequeña  
los pueda realizar la edad madura? 370  
Moderad el ardor de los sentidos;  
¡Teodora, andad despacio,  
porque siempre nos ven desconocidos,  
dos ojos desde el fondo del espacio!-  
Ayudando a llevarla a su destino, 375  
cual se lleva una oveja al matadero,  
pensó el cura ponerla en el camino  
de lo bueno, lo justo y verdadero;  
y después que ella vio desvanecida  
la poética imagen de su vida, 380

puestas en cruz las manos y llorosa,  
recibió con la frente prosternada,  
la bendición del cura, arrodillada;  
besó su mano en actitud piadosa,  
con la fe de una santa resignada,  
y se marchó, si no más consolada,  
menos triste tal vez, y siempre hermosa.

385

## **CANTO TERCERO**

### **LA TRAGEDIA**

**I**

Porque triste, muy triste, se moría  
llena de desengaños,  
el cura del Pilar, en cierto día 390  
en su postrera confesión oía  
a una joven anciana de treinta años.

-¡Ha venido -decía  
la vieja que era joven todavía-  
aquel hombre a quien amo con locura! 395

Y debo confesaros, en conciencia,  
que tengo, desde entonces, señor cura,  
necesidad de sueños de inocencia.  
-¿Y es pura todavía vuestra llama?-  
pregunta el cura a la doliente esposa. 400

-La cama de mi madre es esta cama-,  
le respondió-; pues por mi madre os juro  
que soy materialmente virtuosa;  
sólo el alma es culpable, el cuerpo es puro.

## II

-¡Pues valor, -dijo el cura, 405  
a fuerza de candor siempre profundo-,  
que la mayor tribulación del mundo  
la guarda Dios para la edad madura!  
-¡Valor, valor! -la enferma respondía-;  
ilucharé hasta morir! mas icosa extraña! 410  
resistir a su encanto no podría,  
iyo que siento en mí misma una energía  
capaz de levantar una montaña!  
-¡Lucharemos, hija mía-,  
el cura repetía 415  
de Dios y de su fe siempre seguro-;  
no hay grito de dolor que en lo futuro  
no tenga al fin por eco una alegría!-  
Y luego añade de la Biblia lleno,  
satisfecho de Dios y de sí mismo: 420  
-¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno  
hay luchas en el puente del abismo!-

### III

En querer consolar las grandes penas  
de una mujer tan firme y tan amante,  
era aquel pobre confesor un ciego, 425  
sabiendo que corría por sus venas  
la sangre de las viñas de Alicante  
que crían una savia como el fuego.

El cura no sabía  
que el no amar es muy bueno, pero es frío; 430  
y por eso a Teodora le decía,  
derramando en sus llagas el rocío  
de una piedad sincera:

-Van a cumplir veinte años  
que, ajena de pasiones y de engaños, 435  
vuestra sagrada comunión primera  
fue por vos de mi mano recibida;  
¡sed digna del honor de vuestra historia!

¡Reanimad el valor con la memoria  
de los años primeros de la vida! 440

-¡Quince años hace escasos-

Teodora murmuró -que el dulce ruido  
que levantaron al marchar sus pasos  
quedó como una música en mi oído!  
Y hace veinte -añadió con torvo ceño 445  
mirando al cielo en ademán de queja-  
que es el de mi alma y mis sentidos dueño;  
iveinte años que pasaron como un sueño!  
¡Tenéis razón; no me creí tan vieja!...  
Mas no hay medio; o vencer o ser vencida; 450  
o perder la virtud o dar la vida.-  
Dice así, y tiembla la infeliz esposa  
cuando la causa de su mal confiesa,  
como suele temblar la mariposa  
que siente el alfiler que la atraviesa; 455  
y el pobre confesor, que no sabía  
que si es bueno no amar, es cosa fría,  
cual sintiendo en la piel la ardiente huella  
de un diablo que abrasándole le toca,  
mira a la enferma con pavor, y en ella 460  
halla una especie de perfil de loca.  
Y agarrándole bien con la mirada,  
-No soy loca, es que estoy enamorada,

siguió la esposa -y lo que quiero, quiero;  
vuestra piedad, no vuestra fe, reclamo: 465  
si le amo, vivo; si no le amo, muero:  
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo o no le amo?-  
Aguzando el oído,  
y azorado de miedo como un gamo  
que oye en el bosque de repente un ruido, 470  
el cura sorprendido  
dice cayendo en postración extrema:  
-¡Tercera confesión; tercer problema!...-  
Dudando en su fatal desconfianza  
qué haría y qué diría, 475  
por no romper el hilo todavía  
que enlaza la mujer a la esperanza,  
el cura del Pilar, quedando inerte,  
sangre, en vez de agua, el desdichado suda;  
pues a sí mismo con dolor se advierte 480  
que es, en los actos del deber, la duda  
una pregunta vil que hace la muerte.

## IV

Ahogando la emoción de su ternura  
en un áspero y recio resoplido,  
añadió en el umbral de la locura: 485  
-¡O viva en el del otro, señor cura,  
o muerta en el hogar de mi marido!  
¿Puede un corazón tierno  
sufrir eternamente esta cadena?  
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena, 490  
o eso también es un problema eterno?-  
Oyendo esta herejía,  
creyó el cura que en ella traslucía  
la cara de Luzbel, oliendo a infierno,  
y siendo encantadora, 495  
y aunque era un ángel de piedad Teodora,  
y el cura lo sabía,  
como todo hombre bueno, algo indeciso,  
oyéndola decir lo que decía,  
en su faz la tristeza se veía 500  
con que Eva dejó un día el Paraíso.

## V

Y al cura que azorado la veía,  
y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,  
después le repetía,  
aceptando, Teodora, resignada 505  
la paciencia que lleva a la agonía:  
-¡Adorarlo o morir, tal es mi suerte!-  
Y el cura respondía:  
-Pero pensad en Dios, la hora es sombría;  
ived que estáis en peligro de la muerte!- 510  
Y enfermo de terror y sentimiento,  
su rostro, que tapó con ambas manos,  
se cubrió de ese tinte amarillento  
que da tanta tristeza en los ancianos.  
-Ya veis que sé morir como es debido,- 515  
siguió Teodora con siniestra calma.  
-Decidida a partir, tan sólo os pido  
que echéis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,  
él su memoria, su piedad el cielo,

vos el perdón, la humanidad su olvido, 520  
la tumba su pudor, la muerte un velo!-

## VI

Pasan después unos momentos llenos  
de calma aterradora.  
Y entretanto, ¿qué hacía  
en alocada expectación Teodora? 525  
¿Dormía? No. ¿Velaba? Mucho menos.  
Con las manos el pecho se oprimía  
queriendo hacerse el corazón pedazos.  
Se incorpora después, alza los brazos,  
estrecha en ilusión alguna cosa 530  
en medio de la fiebre que la abrasa,  
y dice con sonrisa voluptuosa  
dejándolos caer: -¡Es él que pasa!-  
Al ver aquel amor inexorable,  
a su buen Dios el cura inconsolable, 535

la encomienda en sus santas oraciones;  
y al oír, espantado,  
salir de la culpable  
aquella interminable  
tempestad gutural de aspiraciones, 540  
una oración sobre otra le prodiga,  
y exclama el sacerdote horrorizado:  
-¡El ángel llega tarde, y sólo espiga  
lo que ya Satanás dejó segado!-  
Y así el buen cura exclama, 545  
porque ya con dolor ha comprendido  
que es imposible, a semejante llama,  
oponerse a un amante que es querido,  
y entregarse a un marido que no se ama;  
y aunque algo tarde, a conocer empieza 550  
que es más fuerte el amor que los deberes,  
pues rinde de los hombres la firmeza  
y hasta el débil poder de las mujeres.

## VII

Llegando al fin de su terrible suerte  
la enferma medio muerta tiempo hacía, 555  
después de un gran silencio en que se oía  
muy cercana de allí volar la muerte,  
mirando fijamente, sin ver nada,  
tiende una mano ardiente y descarnada,  
busca con ella al infeliz anciano 560  
que por su dicha ruego,  
y el rostro le tocó como una ciega  
que tuviese los ojos en la mano:  
se ponen azuladas sus mejillas;  
sale un hondo ronquido de su pecho; 565  
el cura la bendice de rodillas;  
después... ¡después era una tumba el lecho!

## VIII

Más muerto que la muerta el pobre cura,  
cuando luego miraba  
el alma triste y bella 570  
de aquella esposa fiel, culpable y pura,  
flotar sobre una estrella,  
-¡Perdonadla, Dios mío! -murmuraba.  
¿Cómo Dios negaría su indulgencia  
a una mártir, que, fiel a otros amores, 575  
a fuerza de sentido y de paciencia  
el luto de su hogar cubrió de flores?  
Cuando el cura veía  
aquella alma flotar sobre una estrella,  
y su perdón pedía, 580  
es porque no sabía,  
héroe feliz de una tranquila historia,  
que cuando muere una mujer como ella,  
toca a muerto la tierra, el cielo a gloria.

## IX

Y cuando el cura, de su buen consejo 585  
el término funesto contemplaba,  
llorando como un niño el pobre viejo  
sobrecogido de terror oraba.

-¡Yo la maté, yo he sido su asesino!-

gritaba el infeliz, desesperado, 590  
quejándose de sí como un malvado  
que asesina a la vuelta de un camino.

Mas, fiel a su destino,

conociendo después, más serenado,

que así a volverse loco un hombre empieza, 595

con honor exclamó: -¡Fuera flaqueza!-

Y valerosamente

reanimando uno a uno sus sentidos,

a brillar comenzó su noble frente

con la luz de los seres elegidos. 600

-¡Hago el bien, y suceda lo que quiera!-

dice tranquilo y con la frente erguida.

¡Entre la muerte y la virtud, que muera,

que es el deber primero que la vida!-

Pasó después un siglo de un momento; 605

murmuró otra oración, y de repente

azotó con los pies el pavimento  
y con las manos se azotó la frente;  
miró a la muerta con viril firmeza,  
y a repetir volvió:- ¡Fuera flaqueza!-

610

Y el cura del Pilar, sereno, mudo,  
rendido el cuerpo y destrozada el alma,  
después de un negro batallar tan rudo,  
a recoger volvió su santa calma  
como recoge el gladiador su escudo.

615



# DULCES CADENAS

Poema en cuatro cantos

A mi fraternal amigo el Sr. D. Ramón Campos y Doménech.



## CANTO PRIMERO

### I

Joven, bella, adorada y poderosa,  
tan rubia como el sol del mediodía,

y tan fresca además como una rosa,  
Jacinta, cuidadosa,  
hasta el dichoso día 5  
en que va a ser una feliz esposa,  
en un cuarto atestado de primores,  
y, en una jaula de oro envuelta en flores,  
cierto canario hospeda,  
cuya pluma remeda 10  
casi, casi, del iris los colores,  
y un poco los reflejos de la seda.

## II

En un día de marzo, húmedo y frío,  
al pasar del antiguo al nuevo estado,  
Jacinta, esclavizando su albedrío, 15  
prefiriendo al ajeno su cuidado,  
y el gozo celebrando de aquel día,  
suelta con alegría  
al canario que cuida con cariño,

y con el cual, como si fuera un niño, 20  
en inocente intimidad vivía.  
Saca al esclavo de la jaula de oro,  
lo acaricia llorando y sonriendo,  
se acerca a la ventana, luego abriendo  
la mano, con la cual se enjuga el lloro, 25  
viendo al ave feliz que ya siguiendo  
del aire el insondable itinerario,  
como acerada espina  
un dardo de pesar extraordinario  
su corazón traspasa, 30  
pues siempre es un canario,  
después de la sociable golondrina,  
el ave favorita de una casa.

### **III**

Libre, alegre, inconstante, casi loco,  
como bebiendo luz, emprende el vuelo 35

el pájaro, que invade poco a poco  
la inaccesible soledad del cielo.  
Por no verle partir, Jacinta cierra  
sus ojos de insondables horizontes,  
y en posesión le pone de la tierra 40  
con sus mares, sus valles y sus montes.  
Entregado al calor, y expuesto al frío,  
el pájaro, que siendo prisionero  
prefería su jaula al mundo entero,  
fue puesto en posesión de su albedrío 45  
como el manso arrastrado al matadero.  
Y volando, volando,  
se alejaba y volvía,  
y de su inútil libertad gozando,  
-¿Adónde voy? -parece que decía. 50  
Y Jacinta, llorando,  
y llena al mismo tiempo de alegría,  
al pájaro dejando  
para volar también tras del esposo,  
mandándole un adiós muy cariñoso 55  
al ver que una tras otra recorría  
las colinas cubiertas de viñedos,

con expresiones de cariño extremas,  
tocándose los labios con las yemas,  
le envió un beso en las puntas de los dedos. 60

## IV

Como dijimos antes,  
era en marzo, la aurora del estío,  
y en uno de esos días inconstantes  
en que alterna el bochorno con el frío,  
con santa devoción, casi a la orilla 65  
del Manzanares, su paterno río,  
para unir a Jacinta en casto nudo  
con el hombre más noble de la villa,  
como si fuera un celestial saludo  
por su madre escuchado y por su abuela, 70  
en torno del altar de la capilla  
el himno sube y el incienso vuela.  
Y Jacinta, entretanto,  
cuya gracia inocente

se convertía en pensativo encanto 75  
y en la expresión de amor más hechicera,  
hacia el altar avanza  
con la alegre esperanza  
y la planta ligera  
de quien lleva, al andar, sobre su frente, 80  
el cántaro inmortal de la lechera.

## V

Así aquel ángel que a mujer subía,  
la virgen que iba a convertirse en diosa,  
con el tierno candor que en Dios confía  
camina, a fuerza de ventura, hermosa, 85  
como una niña grande honrada y pura  
que suena en ser feliz, pues no sabía  
que, cual la flor del cactus, la ventura  
esperada cien años, dura un día.

# CANTO SEGUNDO

## I

El canario después, desorientado, 90  
explorando horizontes y horizontes,  
voló al fin por los valles y los montes  
como si fuese un pájaro escapado;  
hasta que ya rendido,  
de su fuerza en volar menos seguro, 95  
con el miedo que da lo indefinido  
halló en la claridad algo de oscuro.  
Sintiendo luego el malestar incierto  
que se llama el mareo del desierto,  
y después que el canario 100  
recorrió el horizonte ebrio de gozo,

le parecía, al verse solitario,  
el universo entero un calabozo.  
Y conforme caía  
dentro del mar el día, 105  
y se aumentaba con la sombra el frío,  
sólo vio estupefacta su mirada  
la tenebrosa estancia del vacío,  
y aquel horror que dice: «¡aquí no hay nada!»

## II

Cuando todo en la sombra era indistinto, 110  
sintió una sensación vertiginosa;  
después, con el instinto  
natural en un ave cariñosa,  
esperando, inocente,  
que la prisión su dueña le abriría, 115  
y en trance tan cruel le ampararía,  
a su casa volvió, cuando inclemente  
ya su alas el frío entumecía;

y volando después difícilmente,  
como ni huir ni guarecerse sabe, 120  
de las tinieblas a la luz escasa,  
alrededor girando de la casa,  
más parece un espíritu que un ave.

### III

Como no hay duda que era  
una noche muy buena, por lo fría, 125  
para asar en alegre compañía  
castañas al rescoldo de una hoguera,  
de miedo ya a las olas mugidoras  
de una espantosa tempestad cercana,  
y al fastidio y horror de aquellas horas, 130  
se lanzó de su dueña a la ventana,  
guarnecida de plantas trepadoras.  
Mas ¡ay! que ya casada, y siempre pura,  
pensando con vergüenza en su ventura,  
Jacinta, con espanto verdadero, 135

hallando todo ruido inoportuno,  
todo rayo de luz cosa liviana,  
la ventana cerró con tanto esmero  
que no dejó a la luz resquicio alguno,  
pues en noche de boda una ventana 140  
es la nube de sombra con que Homero  
cubrió a veces a Júpiter y a Juno.

## IV

Cuando el pájaro, hastiado  
de aquella inútil libertad del cielo,  
a su prisión volvía, enamorado, 145  
ya había el polo norte desatado  
un recio temporal de escarcha y hielo.  
Cada vez más corrientes,  
y cada vez más fríos,  
los arroyos de viento se hacen ríos, 150  
y los ríos después se hacen torrentes.  
Directa y reflejada,

y después toda unida,  
contra aquella ventana tan cerrada  
lloviendo más, sobre la ya llovida, 155  
chisporrotea el agua ametrallada.

Cuando están a su dueña regalando  
realidades tan dulces como sueños,  
quejándose el canario, está piando  
como pían los pájaros pequeños. 160

Mientras dentro, amorosa,  
ve en verdad convertida su quimera  
en éxtasis profundo,  
por la parte de afuera  
piar a media voz oye la esposa 165  
a un ser que no parece de este mundo.

Matándolo a golpazos  
la nieve sobre el pájaro se apiña,  
y mientras él se queja y da aletazos,  
Jacinta de su esposo entre los brazos 170  
le habla con voz del tiempo en que era niña.

Y así al pobre canario,  
sirviéndole la nieve de sudario,  
de la ventana contra el duro suelo

lo sueldan vivo, el hielo  
y la escarcha y la nieve endurecida.  
¿Qué hará Dios cuando mira desde el cielo  
los injustos dolores de la vida?

175

## **CANTO TERCERO**

### **I**

Ya estaba el sol muy alto, y aun dormía,  
y tras de un sueño largo y retardado,  
sin más cuidado ya que aquel cuidado,  
como sin duda eternizar quería  
la inocente ilusión de su deseo,  
Jacinta, placentera,

180

estando el sol a la mitad del día, 185  
cual Julieta a Romeo  
le decía a su esposo: -¡Espera, espera;  
que no llega la aurora todavía!-

## II

La heroína feliz de nuestra historia  
miró al fin por la luz desvanecida 190  
esa noche que deja en la memoria  
el recuerdo más grande de la vida.  
De su lecho nupcial se alza ligera,  
y, con un aire entre terrestre y santo,  
muestra en su cara el religioso espanto 195  
de la casada de hoy y ayer soltera.  
Se echó con un pudor algo tardío  
un traje negligente de mañana,  
corrió a abrir las vidrieras, y ¡ay, Dios mío!  
al canario encontró muerto de frío 200  
metido en el rincón de la ventana.

¿Verdad, lector amado,  
que él querer ser feliz casi es locura?  
Jacinta olvida en su reciente estado  
todo antiguo cuidado: 205  
celebrando su amor y su ventura,  
a soltar su canario se apresura,  
y se le muere helado:  
pasa además un día y otro día,  
y un rosal que tenía 210  
se le seca olvidado.

¡Pobre Jacinta mía!  
¡Por el ingrato amor que tanto quiere,  
cuanto ama, en causa de dolor se trueca;  
tiene un ave que suelta, y se le muere; 215  
tiene un rosal que olvida, y se le seca!

### **III**

Traspasada de pena,  
viendo muerto por ella a un inocente,

piensa Jacinta, de ternura llena,  
que es un tirano Amor que dulcemente                    220  
ata al pie del esclavo la cadena.

Y así al pájaro muerto le decía,  
con acento el más tierno y doloroso,  
(y aunque el pájaro muerto nada oía,  
la esposa bien sabía    225  
que la oía a su lado el tierno esposo):

-Buscar en el amor ventura y calma,  
sólo es variar de penas:  
el querer libertad para nuestra alma,  
es cambiar solamente de cadenas.                                230

Como al pájaro, al hombre le es preciso  
esclavizar con libertad su llama,  
porque ser el esclavo de quien se ama  
es tener por prisión el paraíso.-

## IV

profundamente tierna y conmovida,  
besó al pájaro muerto enternecida;  
y después de pensar cómo la muerte  
en lo mejor nos llega de la vida,  
fue a darle con ternura 240  
al pie de un limonero sepultura,  
y, esto grabó con la mayor tristeza  
del árbol siempre verde en la corteza:

—340→

-Murió un pájaro aquí de pesadumbre,  
porque alejado de su dueña un día, 245  
rotas ya sus cadenas, no comía  
el pan de la dichosa servidumbre.-

Y cuando esto escribía,  
besándolo al grabarlo, tiernamente,  
es la pura verdad que ella gemía: 250  
aunque es verdad también que al mes siguiente  
ya este recuerdo era una cosa fría.

## CANTO CUARTO

## I

Seis meses, y algo menos, van pasados,  
y ya Jacinta, abandonada, prueba  
el rigor de los hados; 255  
ya de sus ojos a su boca lleva  
dos surcos por las lágrimas trazados;  
pues el dejar de amarse dos casados  
es una historia vieja, siempre nueva.

## II

Pasan las ilusiones, 260  
y más las ilusiones amorosas,

y en esa confusión de confusiones  
en que parecen ya todas las cosas  
una grande humareda de visiones,  
la buena de Jacinta, que creía 265  
que el Etna ante su amor se apagaría,  
que tuvo en este valle de amarguras  
la suerte natural de las mujeres,  
(rebaño de apacibles criaturas  
que llenando la tierra de placeres 270  
recogen a su paso desventuras),  
tan noble y religiosa como bella,  
en su inmenso dolor se vuelve al cielo,  
porque, un poco olvidada, empieza en ella  
de la ilusión el lúgubre deshielo; 275  
mas, reina superior a su caída,  
haciendo frente a las pasiones malas,  
en su honradez se siente sostenida,  
cual se sostiene el aguila en sus alas.

### III

Y aunque el amor ahora 280  
es, como antiguamente,  
un duelo en que hay traidor precisamente,  
y alguna vez también en que hay traidora,  
Jacinta, siempre fiel, escribe y llora,  
y a veces, por variar, llora y escribe; 285  
y aquella antigua rosa, hecha azucena,  
se muere de dolor, porque no vive  
atada al eslabón de su cadena;  
solitaria, las lágrimas que vierte,  
del fondo de aquel mar perlas preciosas, 290  
las vierte silenciosas  
para que nadie entienda  
cuál es la causa de su triste suerte,  
porque es de esas mujeres valerosas  
que del deber por la terrible senda 295  
van al través del fuego y de la muerte.

## IV

Desde el funesto día  
en que ya de su amor perdió el encanto,  
si alguna vez reía,  
su risa, más que risa, parecía 300  
la amarga contracción próxima al llanto;  
y siempre enamorada  
cual estarlo pudiese esposa alguna  
por su esposo olvidada,  
de su pena y su amor arrebatada, 305  
ya escribía canciones a la luna.  
Sin rosal, sin canario y sin amores,  
su propia historia convirtiendo en cuento,  
templaba sus dolores  
volviendo a oír cantar los ruiseñores, 310  
gemir la fuente y suspirar el viento;  
y hermosa, rica, perspicaz, honrada,  
sola, triste, benévola, estudiosa,  
poetisa, mujer y abandonada,  
tanto y tan bien lloraba y escribía, 315  
que de su amor y su dolor retumba

el eco todavía  
en esta corta y lúgubre elegía  
que se halló en sus memorias de ultratumba.

## V

«A un canario infeliz porque era mío, 320  
la inútil libertad le di insensata,  
y a buscarme volvió; pero yo, ingrata,  
cerré el postigo, y se murió de frío.

»El esclavo que es fiel nos causa hastío, 325  
amamos al tirano que nos mata:  
siempre es y fue la libertad más grata  
tener presa en otra alma el albedrío.

»Libre correr, para humillar la frente  
cambiando de cadena; he aquí el calvario  
de todo libre ser que vive y siente. 330

»El hombre, prisionero voluntario,  
dará su libertad eternamente  
por vivir en prisión como el canario».

## LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

Poema en dos cantos

A mi querida sobrina la Sra. doña Elvira Irulegui de García  
Caballero.



Te dedico este poemita, escrito a la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro a poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, sólo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente. - Campoamor.

# CANTO PRIMERO

## ESCRIBIRÉ MAÑANA

### I

Del mar junto a la orilla  
está Vega, lugar que, aunque pequeño  
para ser una villa,  
casi es un Londres para ser aldea;  
y allí vive, en el punto más risueño,                   5  
tejiendo y destejiendo Dorotea  
la tela de Penélope de un sueño.

¡Pobre niña que aun vive  
con la fe de esas almas tan honradas  
que creen que las promesas son sagradas,                   10  
y un ángel en el cielo las escribe!

## II

¡No lo extrañéis, espíritus amantes,  
si veis que el autor llora  
al recordar ahora  
memorias que no tienen semejantes! 15

¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia  
sofocan los recuerdos de la infancia!...

¡Yo, al restañar esta mortal herida,  
me olvido de treinta años de mi vida!

Y es tan cierto, lector, lo que te digo, 20  
que lloro, aguardo, me sereno y sigo.

## III

Nuestra bella heroína  
cumplía quince abriles aquel año,

y, lo que es increíble por lo extraño,  
se murió sin saber que era divina. 25

Es la sola mujer que he conocido,  
aunque ya soy tan viejo,  
que con aire modesto y distraído  
se peinase de espaldas al espejo;  
y eso que era envidiada 30  
por todas las muchachas casaderas,  
cuando, admirablemente despeinada,  
llevaba, entre ondas de oro sepultada,  
cubiertas con el pelo las caderas.

## IV

Creía mucho en Dios, y hasta creía, 35  
como todas las almas candorosas,  
que Dios suele matar por muchas cosas  
por las cuales yo vivo todavía.

—342→

Severa, cuanto afable,

honraba de sus padres la nobleza, 40  
teniendo una belleza incomparable,  
y un alma superior a su belleza;  
y pura, como el día  
que recibió las aguas del bautismo,  
no entendía el misterio de los nombres 45  
de esas cosas de que habla el Catecismo,  
que una joven llamó «pecados de hombres».

## V

Nuestra hermosa de Vega  
a Justo amó; pero le amó tan ciega,  
que ajena de dobleces y de engaños, 50  
en todos sus quince años  
no pensó ni un momento  
que es una gran locura,  
que nunca tiene en las mujeres cura,  
eso de amar a un hombre de talento. 55  
Sin poner la virtud en ejercicio ,

todos, todos, de Justo aseguraban  
que ya empezaba a aborrecer el vicio .  
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,  
amaba la moral que profesaban 60  
como buenos y cómodos varones,  
los Horacios, los Riojas y Leones.

Iba por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido ;  
y seguía las huellas 65  
de esos nobles bribones  
que hablan mal y desprecian sus pasiones,  
que mueren por fin víctimas de ellas.

## VI

Pero Justo ¿qué hacía  
que prometió escribir a Dorotea, 70  
y la carta aguardada no venía?  
¿Qué hacía? -Ni lo sé, ni él lo sabía.  
Teniendo siempre de escribir la idea,

se iba el tiempo marchando y no volvía,  
y de este modo Justo y Dorotea 75  
mientras ella esperaba, él no escribía;  
pues aunque en ansia de escribir ardía,  
en su alma, entre española y mahometana,  
pudo más la pereza que la gana,  
y así pasaba un día y otro día 80  
diciendo siempre: -escribiré mañana.-

## VII

Y ¿qué hombre, menos él, no hubiera escrito  
a aquel ser adorable y no adorado,  
viendo en sus ojos el color sagrado  
del violeta azul de lo infinito?... 85

## VIII

¡Gracias a Dios! Con alegría suma  
tomó un día la pluma...  
y después de tomada...  
decidido a hacer algo, no hizo nada.  
Y oíd, tristes cual yo, de qué manera 90  
se fue pasando una semana entera:  
Lunes ; me siento enfermo.  
Martes ; ¡es tan mal día!  
Ya es miércoles . ¡Qué sol! La tarde es fría.  
Jueves . ¿Escribo? Escribiré. Me duermo. 95  
El escribir en viernes me da susto;  
será mucho mejor, a fe de justo,  
que mañana, que es sábado , la escriba,  
y el domingo , que es fiesta, la reciba.  
Y al fin de la semana, 100  
cuando el domingo llega,  
mientras él, con la calma que tenía,  
-Mañana escribiré -se repetía,  
en el puerto de Vega,  
ya presa de mortal melancolía, 105

ella decía -¡Escribirá mañana!-

## IX

Ya un día entusiasmado  
al papel y al tintero se abalanza,  
mostrando en su semblante alborozado  
la alegre animación de la esperanza; 110

y -¡oh Dios, cuánto la adoro!-  
decía enamorado.

Y ¿escribió? No señor. ¿Por qué? Lo ignoro  
mas no falta quien crea

que no escribió a la pobre Dorotea 115  
la carta deseada

porque ¡oh maldad del corazón humano!  
el día aquel se lo estorbó la mano  
de una cierta coqueta retirada.

## X

Otra vez que, exaltado y medio loco, 120  
quiso escribir (pero ¿escribió?; tampoco:)  
como un niño pequeño  
se echó enfadado y se durmió tranquilo;  
que es el cansancio material un hilo  
que tira de nosotros hacia el sueño: 125  
y como a los veinte años que tenía,  
el dormir bien no es una cosa rara,  
ya a más de la mitad del otro día  
dijo, brillando en su apacible cara  
la risa del candor que en Dios confía: 130  
-Por voluntad del cielo soberana  
mañana podré estar o muerto o vivo;  
pero, lo que es mañana,  
lo juro por mi honor, o muero, o escribo.-

## **XI**

¡Siempre igual! Esperando la venida 135  
del mañana maldito,  
¡cuántas cartas, Dios mío, en esta vida  
debiéndose escribir, no se han escrito!  
¡Son tantas!... pero ¡tantas!...  
las cartas ¡ay! que sin nacer murieron! 140  
Y al mismo tiempo ¡cuántas  
sin deber ser escritas, se escribieron!

## **CANTO SEGUNDO**

### **MAÑANA ESCRIBIRÁ**

## I

Mientras él en Madrid, que es donde vive,  
piensa sólo en la carta que no escribe,  
ella, encerrada en Vega, 145  
sólo espera la carta que no llega.

## II

Tan eterna tardanza,  
ya la inquieta de modo  
que siente intermitencias de esperanza:  
y cual la pobre gente 150  
que es muy poco feliz y es inocente,  
ya cree que el cielo se entromete en todo,  
y que, probablemente,  
en castigo tal vez de algún deseo,  
la mano del Señor secretamente 155  
le va a sacar las cartas del correo.

¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!  
En materia de afectos y deberes,  
¿qué cosa habrá, por frívola que sea,  
por la cual, imitando a Dorotea, 160  
no hagan votos secretos las mujeres?

Por eso, uniendo a la bondad que tiene  
la natural superstición del que ama,  
si canta un gallo en el jardín, exclama:  
-Ésa es señal de que mañana viene.- 165

Para todas las luces y los ruidos,  
sus ojos multiplica y sus oídos.  
Oye un rumor y dice: -es el cartero-;  
y llega a ser éste héroe callejero  
la más dulce tal vez de sus manías, 170  
pues firme en el balcón como una roca,  
abre, al verle llegar todos los días,  
el corazón, los ojos y la boca.

### III

Tanto era lo que amaba,  
que daba por muy justas y muy buenas 175  
sus muchísimas penas  
si la carta llegaba:  
y darle prometió, si casaba,  
a San Antonio un ramo de azucenas,  
¡Ay! la pobre ignoraba, 180  
que en materias de amor y matrimonio,  
por muy triste que sea,  
puede más que los santos el demonio...  
Por eso no veía Dorotea  
lo mal que se portaba San Antonio. 185

## IV

Era tal la inocencia  
que a su amorosa obcecación se unía,  
que haciendo penitencia,  
de rodillas y en cruz, pasaba el día;  
y acabando su historia 190

en la esperanza y la virtud cerrada,  
más que en el mundo al fin pensó en la gloria;  
siendo su fe tan pura y tan ardiente,  
que se puso a pan y agua solamente  
como una pensionista castigada. 195

Feliz con sus manías  
y dispuesta a hacer frente a los reveses  
de tantos desengaños,  
como dio fin un mes de treinta días,  
un año se pasó de doce meses, 200

y pasaría un siglo de cien años;  
siendo ya tan completo  
su triste estado de ascetismo inerte,  
que, para ser de veras esqueleto,  
ya no faltaba allí más que la muerte. 205

## V

Y como ella por su médico sabía  
que se suele morir cuando amanece,

(suspirando una tarde, en que parece  
que da un adiós al sol, padre del día),  
en su cara preciosa 210  
más bien que iluminada, luminosa,  
mostrando la expresión de un grande espanto,  
sacó del pecho, humedecido en llanto,  
aquella llavecita sigilosa  
que todas las mujeres guardan tanto; 215  
llave de honor, bajo la cual había  
dejado, a no dudarlo, bien cerradas,  
las cien contestaciones que tenía  
a la carta no escrita preparadas.

## VI

¡Cuántas madamas Sevignés habría 220  
si saliesen a luz los borradores  
de las cartas de amores  
que en el seno del alma se conciben,  
y se escriben después, o no se escriben!



donde todo lo esconden las mujeres.  
Y al ver que su esperanza era ilusoria,  
y la carta esperada no venía,  
-¡Cuánto siento -añadía-  
morir sin aprenderla de memoria!  
Y acabada esta frase,  
sintiendo ya acercarse su agonía,  
la carta que pensaba que llegase  
la estrujó entre sus manos todo el día.

245

## VIII

Mientras su alma enervando  
se iba al calor de su divino fuego,  
fue su cuerpo acabando  
primero el hambre y la tristeza luego;  
y de tal penitencia aniquilada,  
como ni ver ni articular podía,  
ya en lo eterno infinito se perdía,  
lo mismo que su acento su mirada.

250

255

Presa ya de una angustia intermitente,  
de una manera lúgubre tosía,  
y como lentamente 260  
se iba haciendo su tez más transparente,  
su espíritu divino parecía  
que alumbraba su cuerpo interiormente.

## IX

Hasta que al fin un día, un triste día,  
la cabeza inclinando, 265  
que una gorra de encajes envolvía  
sujeta por debajo de la barba,  
se oye un tartamudeo de agonía:  
con los dedos las sábanas escarba;  
distribuye unos éxtasis mirando; 270  
se cubre de una sombra su semblante;  
y en su lucha tenaz de agonizante  
vuelve a caer y a alzarse, y titubea;  
una oleada de frío serpentea;



## XI

Nunca escribió la carta deseada, 290  
pero, en cuanto a escribirla, ya lo he dicho,  
ni ha sido más predicho,  
ni Cristo fue tal vez más deseado.  
Por eso estaba loco, o casi loco;  
mas ¿qué culpa tenía el inocente 295  
si siempre, como a mí, le faltó un poco  
para ser diligente?

El caso es que lloraba sin consuelo,  
porque era bueno, bueno, y, lo repito,  
aunque nunca escribió, ni hubiera escrito, 300  
ioh, fiel imagen de las cartas mías!  
tan cierto es como Dios está en el cielo,  
que, amándola infinito,  
él pensaba escribir todos los días.

## XII

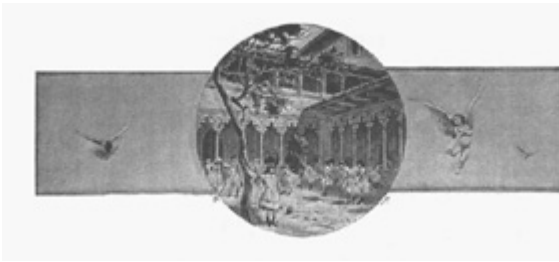
Y era su pena tanta, 305  
que ahogaban los sollozos su garganta.  
Mira al cielo con aire reverente;  
e implorando el auxilio de este modo  
del Ser que en todas partes lo ve todo,  
pidiéndole perdón por sus agravios, 310  
en oración mental mueve los labios;  
y hasta, en medio de un bíblico arrebató,  
casi escribir promete el insensato  
aquella carta que quedó en idea,  
cuando mira entre luz a Dorotea, 315  
que desde el cielo le decía: -iingrato!-

—345→

## EL QUINTO NO MATAR

Poema en un canto

Carta escrita a la niña Pepita Sandoval y Krus, con motivo de la muerte de mi ahijada Guillermina.



## I

Con que ¿imperiosamente  
me mandas en tu carta peregrina  
que te diga a ti cosas y te cuente  
la historia de mi ahijada Guillermina?  
En cuanto a ti, a quien amo tiernamente,                   5  
te diré, ¡qué se yo! que eres divina;  
y con respecto al ángel de pureza  
de unos ojos tan grandes y tan bellos  
que se veía en ellos  
cuanto más grandes eran, más tristeza,                   10  
te contaré que es tan fatal mi suerte,

que soy como aquel bardo de la historia  
que, mientras tuvo voz, arpa y memoria,  
cantó a una niña ausente por la muerte .

## II

Con un mirar muy dulce y concentrado, 15  
la pobre ahijada mía,  
como el tuyo, tenía  
un aire serio, encantador y honrado.  
Tú sola eres tan bella;  
tú eres como ella el sol más hechicero; 20  
y tú también, como ella,  
eres un ser que con el alma quiero.

Sus pestañas llevaban  
el pudor y la sombra cobijados,  
y, con serena majestad, sombreaban 25  
sus ojos, por modestia algo asustados;  
y como, en torno de ellos, se sentía  
la seducción que viene desde adentro,

donde quiera que estaba, ella era el centro  
de un grande remolino de alegría. 30

Mórbida y gruesa con igual encanto,  
era airosa aun cubierta con un manto;  
y de salud y de bondad modelo  
se parecía al serafín de un cielo;  
pues, cual si un ángel de Murillo fuera, 35  
a la luz de un candor inextinguible,  
aquella niña buena y hechicera  
parece que podría, si quisiera,  
ser impalpable, es más, ser invisible.

### III

Un día aquella niña candorosa, 40  
avezada a las tiernas efusiones,  
con cierta ortografía caprichosa  
me escribió estos renglones,  
(que los copió, dictándose los ella,  
otra Licurga grande y menos bella), 45

cuyas letras, cual notas musicales,  
en fantásticas formas dibujadas,  
recordaban, en grupos desiguales,  
los dedos misteriosos de las hadas:

-«Padrino, ven o moriré de espanto: 50  
de veras te lo digo.

Como en un mes he padecido tanto,  
tengo un hambre voraz de hablar contigo.

—346—→

»¡Cuánto recuerdo, de ternura llena,  
que mi madre, formando mis delicias, 55  
me solía probar que yo era buena  
con razones de abrazos y caricias!

»¡Qué diferencia de hoy, padrino mío!  
¿Recuerdas que, al traerme a este convento,  
porque hacía en el coche mucho frío, 60  
los pies me calentabas con tu aliento?

»Ven pronto a que te cuente  
la causa que mis males ocasiona:  
y después, francamente,  
me dirá si una tórtola es persona. 65

»Lo que está aquí pasando es hasta impío.  
Me tratan de manera

como si yo, a mi edad, ya no supiera  
que el quinto es no matar , padrino mío!»

## IV

¿El quinto no matar? ¡Virgen María! 70  
en mi interior decía.

¿Si aquel coro adorable  
de angelitos de Dios, allí metido,  
habrá por inocencia cometido  
alguna atrocidad inconfesable? 75

Pero luego pensé, Pepita amable,  
que el ser mala, a tu edad, es ser divina;  
y abrigué la esperanza inapreciable  
de que la gran culpable  
lo fuese mi adorada Guillermina, 80  
porque, lo mismo a mí que a todo viejo,  
en materias de gracia femenina  
me hace feliz el género diablejo.

Y al convento marché sin mucha pena,

pues fui compadeciendo 85  
a la niñez que, de inocencia llena,  
va de un grano de arena  
una montaña haciendo;  
hasta que, al tiempo andando,  
por un gentil error de óptica extraña, 90  
su tamaño achicando,  
llega por fin, bajando,  
a ser grano de arena la montaña.

## V

Llegué y reinaba en el asilo santo  
un silencio profundo, 95  
hijo sin duda del terrible espanto  
que he de contar, aunque se asombre el mundo.

Es el caso, que un día  
las pensionistas con horror supieron  
que, cuanto ellas pensaban, se sabía; 100  
y, además, advirtieron

que cuando alguna averiguar quería  
quien era la habladora  
que a las niñas vendía,  
-Todo, todo -la anciana directora- 105  
me lo cuenta a mi un pájaro -decía.  
E irritadas, al pájaro buscando  
con febril movimiento,  
las niñas conspirando  
un plácido rumor iban formando 110  
de hojas de flor movidas por el viento;  
hasta que, al fin, llegando  
el terrible momento,  
una niña valiente  
-¡Ésa es! -gritó con varonil acento, 115  
señalando a una tórtola inocente  
que amaba con pasión la directora;  
y luego otra oradora  
todavía más fiera y elocuente,  
aseguró que, decididamente, 120  
la tórtola era mala y habladora.  
Y juzgándolo autora de sus males,  
a morir a la tórtola condena

aquella reunión de criminales  
que imitaba, afilando sus puñales, 125  
el ronco despertar de una colmena;  
y siguiendo a la vaga teoría  
la insurrección armada,  
al ave calumniada  
que en el convento había, 130  
(y que por viuda y tórtola tenía  
la desdicha de ser dos veces triste),  
aquella desalmada compañía,  
con la gracia a que nada se resiste,  
no la volvió ya a echar, desde aquel día, 135  
migas de pan revueltas con alpiste.

## VI

Poco después el pájaro inocente  
murió; mas claramente  
adivinar se deja  
que, por otras cuidada, dulcemente 140

la tórtola feliz murió de vieja.

Mas ¡oh qué crueldad, Pepita mía!

en términos fatídicos y oscuros,

la anciana directora, que creía

que es digna de castigo la alegría, 145

a aquellos seres puros

los acusó de corazones duros;

pues creen algunas, de ternura ajenas,

que a las muchachas, ángeles sin alas,

aunque les cause penas, 150

para que sean buenas

es forzoso decirles que son malas;

—347→

y por eso, con aire pensativo,

ya no alegraron el retiro santo

con el candor nativo 155

de aquellas risotadas sin motivo

que de las niñas son la voz y el canto;

y era tal el espanto

que de noche sentían,

por si en la sombra aparecer veían 160

el espectro del pájaro ofendido,

que, despiertas, de miedo que tenían,

se hacían compañía haciendo ruido.

## VII

Mas tú preguntarás: Y ya pasadas  
esas tristes jornadas 165  
que de un hombre honrarían el denuedo,  
¿qué hacían las terribles conjuradas?  
Como siempre, espantadas,  
rezar juntas, llorar y tener miedo;  
y más cuando la niña tan valiente, 170  
acobardada ahora,  
se atrevió a preguntar tímidamente:  
-¿Las tórtolas, señora,  
tienen lo mismo que nosotras, alma?  
y, admirando el candor, la directora 175  
-¡Vaya si tienen! -respondió con calma.  
Y al oír tal sentencia,  
lo mismo que unas pobres golondrinas  
temblarían de un buitre en la presencia,

aquella sociedad de Catilinas 180  
sintió remordimientos de conciencia.

## VIII

Y hasta aquella preciosa criatura  
que, objeto de mis ansias más constantes,  
llegué a abrazar poco antes  
de empezar su postrera calentura, 185

al hallarme a su lado, tiernamente  
suspiró, más que dijo, lo siguiente:  
-Soy muy mala, es verdad, mas no me riñas.-  
Y continuó, mirándome de frente  
con unos ojos grandes, todo niñas: 190

-Porque apurada ya nuestra paciencia  
dejamos morir de hambre  
a una tórtola bruja y habladora,  
la madre directora  
a todos asegura 195  
que somos un enjambre

de niñas sin conciencia,  
sin más Dios que el placer y la hermosura.  
-Cuenta, cuenta, hija mía,  
lo que de ti la tórtola decía-, 200  
dije a la pecadora  
que confesaba, trémula y sumisa,  
la muerte de la tórtola habladora  
con una turbación que daba risa;  
y poniendo en su voz el tono amante 205  
que hace divina la palabra humana,  
sigue así, mientras brilla su semblante  
con toda la hermosura del mañana:  
y ¡oh, que grato es oír como nos cuenta  
sus muchos desengaños 210  
una boca de miel de pocos años  
a unos torpes oídos de cincuenta!  
-Cuando yo me dormía-  
la niña proseguía  
la tórtola, mirándome a la frente, 215  
todo cuanto soñaba me veía,  
por más que, con cuidado  
al dormirme, acostándome de lado,

con el brazo hasta el pelo me cubría.  
Por aquella habladora, 220  
cuya muerte hoy a todas nos aqueja,  
supo la directora  
que por ser, cual mi madre, una señora,  
tengo yo mucha prisa de ser vieja:  
y no falta quien jura 225  
que le dijo que yo, por no ser buena,  
la lectura amo más que la costura,  
y que cualquiera música que suena  
me gusta mucho más que la lectura:  
que soy tan vanidosa, 230  
que, si cojo una luz, de amor avara,  
me la acerco a la cara  
para que vean bien que soy hermosa:  
que tengo sentimientos inhumanos,  
porque a veces, muy pocas, se me olvida 235  
besar el pan que, estando distraída,  
se me suele caer de las manos:  
que el semblante risueño  
acostumbro a poner por cualquier cosa,  
y los dientes enseño 240  
porque, estando resuelta a ser graciosa,

nunca sé desistir de tal empeño:  
que el ser pobre me pesa;  
y que tal fe la vanidad me inspira,  
que sueño que soy reina, y es mentira, 245  
porque suelo soñar que soy princesa:  
y en fin, que soy tan loca,  
que sólo pienso en cosas imposibles...-  
Y diciendo otras gracias indecibles  
con un beso después cerré su boca. 250  
Y mientras yo estrechaba,  
sus manos con las mías,  
y ella en seguir contando se empeñaba  
su serie de preciosas niñerías,  
—348→  
ya a perturbar su clara inteligencia 255  
la fiebre comenzaba,  
y exaltada la niña, en su inocencia,  
a intervalos, serena, prorrumpía:  
-Si escuchase estas cosas, ¿qué diría  
mi padre, que es tan bueno, y me enseñaba 260  
la piedad, el perdón y la paciencia?-

## IX

Como a la estancia aquella  
un extenso jardín la circundaba,  
junto a la niña enferma se aspiraba  
un perfume de flor que se ignoraba 265  
si procedía del jardín o de ella.

Crecía con el mal la calentura,  
y, ya oraba la pobre criatura,  
ya uniendo las ideas con trabajo  
me acariciaba hablándome muy bajo; 270  
y cuando ya, inconexos, terminaban  
los rezos que sus labios dedicaban  
a su padre, a su madre y sus hermanos,  
poniéndolas en cruz, se acariciaban  
cual dos palomas sus redondas manos. 275

Y en el postrer momento  
fue la tórtola viuda  
su gran remordimiento,  
pues eran tal su horror y sentimiento,

que el alma de aquel pájaro sin duda 280  
inquietaba al morir su pensamiento.

¡Así, niña querida,  
a aquella criatura  
cuya memoria pura  
tendrá fin con mi vida, 285

después de tan horrible calentura,  
llegó la muerte y la llevó dormida,  
mientras yo, inconsolable,  
cuando su almita desplegaba el vuelo,  
por la parte del cielo 290

oía cierta música inefable!...

X

De este modo llegó, como jugando,  
el más largo y más hondo de mis duelos.  
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando  
sueños del hombre y nubes de los cielos! 295

Y ¿nunca más, alma del alma mía,  
he de volver a verte?  
¡Cuánta razón tenía  
la antigua poesía  
que puso al lado del placer la muerte! 300

iAdiós, días serenos,  
que, hundiéndoos de la noche en el abismo,  
dejáis mis ojos de tinieblas llenos!  
iMurió! iCómo ha de ser! iSiempre lo mismo!  
iUna tristeza más, y un sueño menos!

305

## XI

iLlora por mí, Pepita encantadora;  
y hoy que el pesar mi corazón traspasa,  
ven, por piedad, a reemplazar ahora  
a aquella ave cantora  
que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!

310

Tu mano compasiva  
cierre mi herida para siempre abierta,  
porque es muy justo que la niña viva  
me alivie de la pena de la muerta.  
Y evitando el atroz remordimiento  
de no ser fiel al quinto mandamiento ,  
te ruego, por lo mucho que me quieres,

315

hada, como ella, buena y hechicera,  
que mientras seas niña, como hoy eres,  
no ofendas a una tórtola siquiera: 320  
y teniendo presente la experiencia  
de aquella criatura  
de quien fue el torcedor de su conciencia  
un pájaro, que es sólo en la Escritura  
emblema del candor y la inocencia, 325  
cuando llegues a ser en adelante  
más amada que amante,  
como una mujer bella es tan terrible,  
ihonor de Portugal, gloria de España!  
al poner esos ojos en campaña 330  
no mates a ninguno, si es posible.

## **XII**

¡Santo Dios! ¡Quién creería  
que, antes que yo, a la tumba bajaría  
la que, templando de mi edad las penas,

junto a la mar un día y otro día, 335  
rebosando alegría,  
después de coger conchas y azucenas  
mecida en mis rodillas se dormía!  
¡Adelante, ansias mías, adelante!  
Muramos con la niña idolatrada. 340  
Mas ¡ay! si para el pobre caminante  
es larga todavía la jornada,  
¿no habrá un recuerdo amante  
de mi vida pasada  
que a aligerar constante 345  
venga el dolor de mi alma destrozada?...  
¡Gracias, gracias, espíritu radiante  
de mi madre adorada,  
porque al verme llorar, desconsolada,  
has venido a abrazarme en este instante! 350

1. [Los pequeños poemas, Ramón de Campoamor](#)
2. [Los pequeños poemas](#)
  1. [Primera parte](#)
    1. [El tren expreso](#)
    2. [La novia y el nido](#)
    3. [Los grandes problemas](#)
    4. [Dulces cadenas](#)
    5. [La historia de muchas cartas](#)
    6. [El quinto no matar](#)

**¡Gracias por leer este libro de**  
**[www.elejandria.com](http://www.elejandria.com)!**

**Descubre nuestra colección de obras de  
dominio público en castellano en nuestra web**